

# En el Centenario de Juan Guzmán Cruchaga: Su Rayo Azul y Su Color de Sueño

Por Juan Antonio Massone 50

● Hace quince años nos dejó el poeta Juan Guzmán Cruchaga. Quince años que, añadidos a los de su vida, completan cien desde su nacimiento. En conmemoración al aniversario, Editorial Andrés Bello reedita su célebre "Alma, no me digas nada".

SIN esfuerzo acude el recuerdo del poeta que escribiera muchas obras líricas y viajara por América cumpliendo misiones diplomáticas, en cuyos países conoció la amistad de grandes y de muchos literatos y artistas, siempre acompañado de su esposa, Raquel Tapia Caballero. Se le reconocieron sus méritos artísticos al conferírsele el Premio Nacional de Literatura, en 1962.

Más que una efeméride, el recuerdo de su natalicio es celebración del espíritu, del mejor espíritu de una de las líneas fundamentales de nuestra poesía: la intimista. Pero, más que clasificarlo en tediosos casilleros o aburrir a los demás con interminables cacofonías y recovequeados marbetes, una porción importante de sus escritos sigue ofreciéndose como auténtica fiesta de lectura. Porque Juan Guzmán Cruchaga nunca se fue de la memoria de sus lectores, ese tributo y tribuna mayores a la que sólo unos pocos alcanzan de verdad. Mantuvo él una lealtad inequívoca: la poesía sin más. Sus atributos de esencial naturalidad emergen de poemas complejamente cristalinos, y fijan domicilio en esas reminiscencias a las que el espíritu se entrega cuando un no sé qué de lejanía hace presente insaciabilidad no aplacada, o, bien, rescata un sereno mirar después de arduas bregas.

Unos cuantos poemas de sus libros gozan definitiva dignidad artística. Y más gracia tiene ello si se recuerda la distancia y diferencia que otras modas literarias han impuesto respecto del tomo y de la atmósfera más caros a nuestro poeta. Unos cuantos títulos perfilan mejor que nosotros sus preferencias: "Lejana" (1921); "La fiesta del corazón" (1922); "Agua del cielo" (1925); "Guitarra de ausencia" (1932); "Aventura" (1940); "Canción" (1942); "Altasombra" (1958); "Sed" (1978), amén de otras.

De su obra se retienen menos datos externos que experiencias emotivas. Esta poesía poco consciente o nada incita a la severidad bibliográfica y sí, muchísimo, a la conmovión de la belleza. Conforme con eso, sus poemas son menos estudiados que leídos y,

gracias a Dios, menos propensos al intelecto seco que al recuerdo. Con la excepción del estudio que le dedicara el profesor Radoslav Ivelic y los artículos siempre penetrantes de Alone y Fernando Durán, por ejemplo, sólo se le cita en historias de la literatura y en antologías.

El mencionado Alone incluyó cuatro poemas de Guzmán Cruchaga entre "Las cien mejores poesías chilenas" y en "Aprender a escribir" ponderó las cualidades del famosísimo poema "Canción", de paso uno de tantos que titulara así el autor.

"¿Qué tiene ese breve poema, sordo, discreto, de ojos bajos, de voz meditativa y tono menor, que abre y cierra en su mínimo espacio un círculo eterno, resonante? No es sólo la queja de amor, un reproche de melancolía, como aparece a la superficie; hay algo más, una alianza, una amalgama fina de dolor vencido, de serenidad conquistada, de resignación, no ante lo ya muerto, sino ante lo que se ha dominado; es la cumbre de un largo proceso interior, expresada en un solo cristal que la idea, el sentimiento y la imagen habitan holgadamente, sin estrechez, como se ocupa la morada propia, hecha a nuestra medida".

Nunca sobraré leerlo y recrearlo:

*"Alma, no me digas nada,  
que para tu voz dormida  
ya está mi puerta cerrada."*

*Una lámpara encendida  
esperó toda la vida tu llegada.  
Hoy la hallarás extinguida.*

*Los fríos de la otoñada  
penetraron por la herida  
de la ventana entornada.*

*Mi lámpara estremecida  
dio una inmensa llamarada.  
Hoy la hallarás extinguida.*

*Alma, no me digas nada,  
que para tu voz dormida  
ya está mi puerta cerrada."*



Juan Guzmán Cruchaga.

Basta leer para que la perfección de la hermosura aparezca desde ese penar indefinidamente certero del texto. La transfiguración poética alza lo enojoso o contrariado de lo vivido en armonía que aúna la llaneza del lenguaje con la absoluta justeza de ritmos y sugestión anímica. Mas dicha impecabilidad acalló una divulgación valorativa más amplia de sus obras. Desde su publicación, en 1921, este poema fue sentido como obligada cita, terminando por serle fantasma invencible. Acaso en ello debe entenderse el inevitable signo que acompaña a todo creador: la dispensa de una limitada memoria en los demás.

Diáfana, pulcra, ligera de alas, pero de honda huella, su poesía conquistó similes sólo "con la belleza del mundo", como escribió Salarrué en la "Antología" (Nascimento, 1962), publicada el mismo año del Premio Nacional.

La palabra del poeta cobijó el dolor, la sinfonía nostálgica, murmullos de sombra y noche que, con majestad sencilla, labró el alma su insistencia en lo evanescido. La aventura espiritual armonizó efímeras presencias y un largo evocarlas como en ensueño,

como quien saluda a los adioses o hace de ellos su persistente afán del corazón.

*"¿Hubo sed como la mía,  
sed que me deja, al saciarse,  
sed de la sed que tenía?"  
(Cantar)*

Esa carencia se le convirtió en sustento anímico y brindó albor de idioma para coger el rizo de la ola "A media agua del sueño"; la música tejió su nido en el viento y al cantar vertebró la más personal experiencia de su perder-ganando. En esta poesía, la naturaleza pronunció alfabeto más cercano a la insaciedad anímica que a la descripción prolija. Sus lindes trataban con lo inmenso y en toda materia rumoraba el espíritu. Vislumbre de lo inasible, la métrica del verso resultó fiel a esa su experiencia fundamental de ser. El poema "Casi" lo deja en claro.

*"Casi hallarte por fin, casi perderte.  
Casi ignorar, Amor, que te quería.  
Casi desolación, casi alegría:  
la dicha suma y la desdicha fuerte."*

*Casi oscura desgracia, casi suerte.  
Casi abandono, casi compañía.  
Casi heroísmo, casi cobardía.  
Casi vida inmortal y casi muerte.*

*Frontera de la noche y de la estrella;  
Toda la luz, toda la sombra en ella:  
Casi en lo eterno, casi de pasada.*

*Casi desposeído, casi dueño.  
Casi en la realidad, casi en el sueño.  
Dueño de casi todo y casi nada".*

Trátase, en pocas palabras, de un texto en la disyunción de lo logrado y lo perdido, en cuya invisible sutura, el ser anhela expresar el total de su realidad misteriosa en el mundo. A la vez culminación y trascendencia de aquel mundo, la gracia lírica de Guzmán Cruchaga legó, en su postrero libro (Sed), otro poema magistral: "Doy por ganado". Aflora en éste, con serenidad de reconocible cuño, aquel mirar conclusivo de lo vivido como experiencia aceptada sin tacha ni ánimo bilioso.

Despedida a la inquietud y zozobra de lo provisorio, pero con mano abierta y anónimo desprendido de quien vio la verdad de la existencia y la concibió con sabiduría y elocuencia superiores.

*"Doy por ganado todo lo perdido  
y por ya recibido lo esperado  
y por vivido todo lo soñado  
y por soñado todo lo vivido."*

*La más viva congoja eché al olvido.  
Del sueño más feliz no he despertado  
y agradezco la pena que me han dado  
que en flor de suavidad se ha convertido.*

*La tristeza quemante del pasado  
tiene un color de sueño parecido  
al de la fuga del amor logrado.*

*Y es porque el ansia y la inquietud se han ido  
al recordar que el cielo prometido  
comienza por la herida del costado".*

Si de los inquietos siglos tienen algo que aprender los poetas, eso lo cumple a cabalidad una lección segura e inaplazable: aceptar que sólo es dable la espera de un puñado de escritos más o menos definitivos de cada autor y, por lo tanto, la parafernalia de infulas, osadías chocarreras, monótonas altisonancias y hasta galardones bien logrados por ser olvidables escaramuzas, yacerán fuera del memorable y querible reino de la poesía. También deja eso en claro la lectura de Juan Guzmán Cruchaga. Grave urgencia tiene el recordarlo.